ACTA MEDICA, Vol. XXI, Núm. 81
1985, págs. 71-77

DR. ISAAC COSTERO TUDANCA

SEMBLANZA

*Antonio Oriol Anguera**

Nació en Burgos, creció en Zaragoza y se realizó en Madrid.

Esto es como decir que nació en tierra de caballeros medievales y se formó entre baturros ñoblotes, para terminar aprendiendo las mañas de la gente palaciega. Aquellos petimetres cortesanos que desde la Villa del Oso y del Madroño caciquean los destinos de toda España.

Se fue a Madrid, mejor diría, se escapó de la provincia. Hizo muy bien. En aquellos entonces para triunfar en España era indispensable bautizarse en las aguas del río Manzanares, y Costero emprendió un periplo certero: Burgos → Zaragoza → Madrid. Sentido único.

Como sea que nuestro héroe nació con sobrada inteligencia, aprendió pronto todas las mañas provincianas y cortesanas. Las primeras en Zaragoza; las segundas en el Laboratorio de la Residencia de Estudiantes en Madrid. Cuando por fin el joven adolescente salió del horno, bien horneado, ya era un hombre cabal, brillante, oportuno, gracioso.

Con estas armas se puede desafiar al mundo viajando de polo a polo.

Antes que nada, vocación

Pero muy por encima de todas estas cualidades había en él una vocación desmedida. Casi diré patológica. No se trataba de un hombre que tenía vocación, sino de una vocación que tenía a un hombre. Exactamente. O para decirlo de otro modo: la vocación le podía a él.

Desde que nació, su destino estaba marcado por esta vocación superlativa. Con esto queremos señalar que nuestro Isaac estaba condenado a profesar porque vino al mundo programado para esto. Para triunfar dentro de la Universidad. Y triunfó en ella... aunque no en la misma que él había soñado en sus años mozos.

Si estudiáramos paso a paso las consecuencias de su deformación vocacional, nos percataríamos de que su trayectoria fue rectilínea en todo lo que se refiere a su meta científica; pero también nos daríamos cuenta de que en su trayectoria hay algo que no rima con su recta peregrinación... digamos, en su dimensión social. Veremos más adelante cómo y por qué.

Anécdota personal

Un día me dijo:

—Tú y yo no podemos ser refugiados de 24 quilates.

—¿Y esto?

Muy fácil: yo, porque soy PRE-REFUGIADO; tú, porque eres POST-REFUGIADO.

Y en efecto, en México el refugiado puro era el que llegó aquí en los años 1939-1940... y si se me apura diré que refugiado de buena ley únicamente lo fue el que desembarcó en Veracruz bajo el signo de perseguido político y en la circunstancia maravillosa de unos brazos abiertos en cruz: los de Lázaro Cárdenas.

El llegó antes, yo después; uno y otro necesitábamos una depuración si queríamos salvarnos de los estigmas que gravitaban sobre la horda que nos había precedido en la aventura de la inmigración.

* Sección de Graduados de la Escuela Superior de Medicina, IPN. México.

La trayectoria rectilínea de Costero: investigación y magisterio.

Volvamos a su "estructura" vocacional. Sí señor, su vocación exaltada, hipertrofiada y casi patológica, le llevó a firmar las oposiciones a cátedra antes de cumplir 25 años. Cosa corriente entre los jóvenes españoles voraces que querían triunfar en la Universidad.

Pero para Costero no se trataba de una simple vanidad juvenil o una voracidad exhibicionista; era su propio destino lo que se jugaba y esto era más fuerte que él mismo. El caso es que lo hizo contra la opinión de su maestro, don Pío del Río Hortega, quien al saberlo le amonestó tan duramente y con tono tan amargo que, años después, nos la transcribió el propio Costero en su libro *Crónica de una vocación.*

Decía don Pío:

—"Qué juventud la actual. Y qué diferente a la nuestra ¡Aún no habéis roto el cascarón y ya queréis gallinero propio!... ¿No comprende usted Costero, que la ciencia es cada día más compleja y sólo se puede progresar trabajando en equipo?... La provincia es un amasijo de comerciantes y campesinos, y el ambiente que hay en ella es lo menos propicio para estimular la investigación científica. Ni siquiera la enseñanza alcanza el nivel adecuado y el material, cuando lo hay, se tiene guardado con llave en los armarios. Los profesores se limitan a explicar sus clases en conferencia. Conseguir dinero para algo extraordinario es prácticamente imposible; nadie se interesa en lo más mínimo por el progreso científico original." Y seguía la filípica en estos términos:

—"Ir a la provincia es enterrarse en vida; pasado el primer año vendrá usted a Madrid y hasta quizá salga al extranjero en busca de estímulo. El segundo año, escribirá unas cartas con excusas; el tercero se casará con la hija del capitán general, la sobrina del alcalde o la hermana del cacique. A poco se verá usted padre de una docena de arrapiezos sin otras pretensiones que convertirse en soldados, sacerdotes, políticos o terratenientes. Y no es que tal cosa sea en sí algo malo, pero de ello estamos saturados en nuestro país, donde en cambio no hay ciencia propia y es ésta la que da independencia relativa y categoría internacional." Y termina afirmando:

—"Para ello es por lo que se está usted preparando y no para desasnar zotes en una comunidad levítica"...

Ante tamaña filípica Costero, dolorido, nos comenta los efectos que le hicieron las amonestaciones de su maestro. Estos son los términos de Isaac transcritos de su libro *Crónica de una vocación.*

"Y me dijo no sé cuántas cosas más, que me apenaron profundamente. Lo peor de la filípica es que no le faltaba razón a don Pío, como luego pude comprobar con peligro de mi integridad física y tremendo riesgo de mi vida espiritual."

La España de aquellos tiempos

Hablemos claro: la verdad verdad era otra. Para triunfar científicamente en aquella España dictatorial de los años 20 no había otro camino que pasar bajo las hordas caudinas de unos ejercicios crueles, hechos alrededor de las fatídicas oposiciones a cátedra.

Si ganabas la oposición, quedabas convertido en "arzobispo del templo universitario". Si la perdías, no eras nada... Absolutamente nada.

A lo más que podías llegar, era a un nombramiento de "auxiliar" de cátedra, desconsiderado de unos y otros: alumnos y profesores, docentes y discentes. Claustro y estudiantes miraban al auxiliar como perrito de aguas del catedrático por oposición.

El auxiliar era una especie de comodín —mitad profesor, mitad servidumbre— que se utilizaba para todo y no servía para nada. Por lo menos no se le aceptaba, ni social ni profesionalmente. El auxiliar se hacía en provincias. El catedrático sólo podía hacerse en Madrid y a través de la consabida oposición.

A los 27 años, catedrático

En 1931, Isaac ya había ganado las oposiciones. Las ganó en buena lid, tras ejercicios brillantes que fueron comentados por toda la juventud opositora de la época.

Desde aquel momento, Costero podía oficiar como "supremo sacerdote". Una especie de "cardenal" indiscutible.

Once "cardenales" formaban el colegio cardenalicio de aquel entonces; todos ellos con birrete, toga, clámides y muceta. Todo de color amarillo como cumple en las once facultades de Medicina de la Península Ibérica.

Al poco rato, ¡14 de abril de 1931!, en España se proclamó la República... todo tembló, todo se conmovió, todo trepidó... todo menos los colegios cardenalicios de las universidades. Los claustros de las facultades respectivas seguían en su puesto, integrados por catedráticos infalibles, inmortales, intocables. Faltaría más.

Una anécdota chispeante

Isaac sabía dibujar. Sus esquemas al pizarrón eran tan maravillosos que parecían paisajes impresionistas.

Cuando en su oposición hizo su tercer ejercicio o "lección de cátedra", alguien le dijo:

—¿Cómo no hiciste gala de tus dotes de dibujante utilizando clariones de colores?

Costero replicó:

—Para Cádiz, con tiza blanca basta y sobra.

Efectivamente, Cádiz no tenía universidad, apenas era una escuelita de medicina anexa a la Universidad de Sevilla. Era la puerta de entrada por la que pasaba toda la juventud "catedraticable" que por cierto no tuvo que "padecer" Costero porque esta vez había dos vacantes: Cádiz y Valladolid.

La de Cádiz le tocó a Urtubey y la de Valladolid a Costero.

No por nada Valladolid era la patria de don Pío del Río Hortega, y don Pío ejercía el segundo cacicato en el feudo de la morfología española. El primero era el de don Santiago Ramón y Cajal con su corte de Tellos, Castros, Lorentes, Hernandos...

Paréntesis sobre "cacicatos", "oposiciones" y otras parergas y paralipómenos.

Las oposiciones a cátedra eran una especie de teatro madrileño al que se sometían inocentemente los provincianos que no conocían las malicias de los entretelones que se fraguaban detrás de las candilejas. Invariablemente los decapitaban si a su debido tiempo no habían capitulado servilmente en el seno de un cacicato de los que fungían tradicionalmente... a veces por la gracia de Dios.

Podías saber más farmacología que Domagk y Clark juntos, pero nunca serías catedrático de terapéutica si no pasabas por el cacicato de don Teófilo Hernando.

Podías saber más fisiología que Claudio Bernard pero no serías catedrático de la materia si no pasabas por el cacicato de don Juan Negrín o de don Augusto Pi Suñer.

Y para filtrar a los candidatos, estaba esa horrorosa maquinaria de las oposiciones en donde se decía que:

"Justicia es la que en mesa de cinco opinan tres".

Los tribunales se fraguaban en la rebotica del "cacique" de turno... y todo lo demás era comedia pública en la que se sacrificaban los infelices fuereños con frases histriónicas y ejercicios llamados "trincas", en los que los opositores se sacaban los hígados a sabiendas de que todo estaba cocinado en los respectivos cacicatos de la muy digna universidad española.

Con frecuencia, hay que reconocerlo, el cacicato se ejercía desde el centro de investigación más elevado que en dicha materia tenía el país. Tal era el caso de morfología en donde la escuela de Cajal había ganado prestigio universal con motivos sobrados. Esto no implica que la mecánica de las oposiciones siguiera los mismos vicios del cacicato, con todo y su mecánica servil puesta a disposición del cacique y de sus simpatías personales.

Pugna entre dos genios

En el seno de la escuela de Cajal había nacido un gallito con cresta y sin espolones. Era el vallisoltano Pío del Río Hortega. De los espolones mejor no hablar.

Instalado a horcajadas sobre las espaldas de Cajal pudo ver mucho más lejos que los demás y es así como descubrió el tercer elemento del sistema nervioso: la glía.

Se trataba de otra cosa que la neurona. Era de origen mesodérmico, tenía funciones conjuntivas, era el agente reactivo... ¡Una revolución!

La rivalidad con don Santiago la propiciaron otros pero llegó a su fin y un buen día apare-

ció un rótulo pegado a la puerta del laboratorio de don Pío que decía:

"Se prohíbe la entrada a este laboratorio al llamado Pío del Río Hortega, S. R. C."

Parece ser que la batalla no se llegó a dar nunca frente a frente, y según relato de Costero "don Pío no se murió pero se pasó una semana 'en agonía', en estado comatoso, alta fiebre y pavoroso delirio".

Don Santiago Ramón y Cajal llevaba las de ganar... y ganó. Don Pío del Río Hortega, segregado del grupo, pronto encontró hospitalidad en la Junta de Ampliación de Estudios y se le arregló un laboratorio independiente en la llamada Residencia de Estudiantes bajo el título de "Laboratorio de Histología Normal y Patológica".

Esta fue la "covacha" donde se albergó Isaac Costero y en la que pudo desplegar sus dotes innegables y su capacidad de trabajo que le acreditaron como el mejor admirador y ayudante de aquel hombre extraordinario (extraordinario quiere decir "fuera de lo corriente") que, para utilizar la sutileza de Costero, diríamos se trataba de un personaje *muito esquisito.* Al que no sepa portugués le recomendamos consultar un diccionario... y el que quiera entender, que entienda. Don Pío era así. Nació con la carne manchada y esto le vetó hasta para sentarse en la Real Academia de Medicina.

La tutela que ejerció este hombre *muito esquisito* sobre Isaac Costero la ha puesto de manifiesto constantemente el interesado, mostrando con ello una lealtad noble, característica de la llamada "nobleza baturra".

Años felices

Durante cinco años Costero "ofició" en Valladolid tan devotamente, tan vocacionalmente, tan eficientemente que apenas si se enteraba de lo que sucedía en las calles de esa ciudad, de Barcelona o Sevilla. ¡Y pasaban muchas cosas! Las que al fin explotaron el 19 de julio de mil novecientos treinta y seis.

Pero nuestro joven catedrático era un "cardenal" enamorado de su oficio. Un Cajal en ciernes, o si queréis, un Pío Hortega de verdad; de verdad en todo, menos en lo *muito esquisito.*

Que os cuente si no el Dr. Vicente Jabonero, su alumno interno, al que todavía hoy se le hace agua la boca hablando de aquel joven "monstruo" que llegó a Valladolid para entregarse en cuerpo y alma a la universidad. Un catedrático hecho y derecho. Pero de los buenos. De los que viven todas las horas del día pensando en "catedrático" pero puestos al servicio de la investigación y del magisterio.

Ojalá de esta manera hubiese sido la juventud que tenía que redimir a la universidad española de sus pecados capitales. El primero, la oposición a cátedra... y el segundo, la casta de "catedrático".

Otra anécdota

Esta vez la anécdota es sobre el primo de Costero. Se llamaba José María Muniesa. Era un hombre brillante y muy agudo.

¡Este sí sabía lo que pasaba en la calle y en el convento!

Cuando un día yo le dije:

Oye, José María, ¿por qué no le entras de una vez a la oposición? (Era profesor auxiliar crónico de fisiología).

—Ni lo quiera Dios —me dijo— y añadió: En este país hay tres géneros gramaticales: masculino, femenino y catedrático. Yo no quiero perder mi género masculino a ningún precio.

Y vaya si pagó su hombría a precio alto. Muy alto. Murió asesinado por las huestes de Franco al iniciarse la Guerra Civil.

El miedo es libre

Es verdad que también Isaac corría el peligro de ser asesinado si en 1936 retornaba a Valladolid, Burgos o Zaragoza, sus tres puntos de apoyo familiar y profesional.

Sin embargo, le quedaba libre un camino menos peligroso, el que conducía a Barcelona o a Madrid, donde los crímenes —si los había— eran precisamente del otro lado. Allí se mataban curas trogloditas... pero no catedráticos de cuño liberal.

El caso es que Isaac Costero estaba en la frontera profesando en cursos de verano cuando estalló la bomba, y decidió brincar hacia Francia como otros tantos de su condición. Tan honorables como Gregorio Marañón, José Ortega

y Gasset,... Severo Ochoa no tuvo que salir porque se encontraba en América y allí permaneció.

El hecho evidente es que si sus primos Muniesa o su cuñado García —todos de cepa liberal— hubiesen estado situados en Madrid o en Barcelona el 18 de julio, habrían luchado con entusiasmo patriótico del brazo de Torreblanco, Alberto Folch i Pi o Rafael Méndez, para citar nombres bien conocidos entre los intelectuales mexicanos. Podríamos prolongar la lista con Dionisio Nieto, José Gaos, Muñoz Mena, José Ma. Llamas, Pelayo Vilar... No es que importe quiénes ni cuántos, lo que interesa saber es que, situados en territoio leal, no corrían peligro los intelectuales de buena ley.

Esto es lo que no había pensado Isaac cuando decidió brincar a París y a México, dejando a España sumida en su propia tragedia.

Y él en la suya... por la que lloró amargamente según confesión de parte. Oigámoslo.

"Del puente internacional me fui a Bayona; allí busqué un hotel misérrimo donde tomé una habitación pequeña, con sólo un camastro, sin ventanas; sobre el camastro lloré y lloré de tal modo, como vuelvo a llorar tantas veces como lo recuerdo. Ocho días después desperté en un cafetucho del puerto. Por la amplia ventana junto a la que estaba el velador donde nos apoyábamos y a través de los visillos, miraba como hipnotizado a un cañonero francés, por cuya pequeña cubierta gris azulosa paseaba un marino tocado de gran boina azul con una borla roja. El marinero me pareció muy niño y el cañonero, de hoja de lata, con demasiados remaches por todas partes".

La vocación fue su destino

Dejemos la historia de lo que pudo ser y no fue. Vayamos a los hechos. Digamos que gracias a la Pilarica, Isaac Costero llegó a México con su vocación íntegra, que era mucha, y a la que él llamó inocentemente su "angel de la guarda". Olvidemos sus plañideras, sus remordimientos y sus lágrimas. Se fue porque le arrastraba su vocación de profesor, su vocación de investigador; más corto, SU VOCACION, con letras mayúsculas.

Antes que nada era catedrático por oposición. Propietario de una "propiedad" que había ganado a pulso. Y en buena lid.

El caso es que llega a México en el momento en que se necesitaba aquí una VOCACION mayúscula para fertilizar un cambio también mayúsculo que se estaba fraguando entre una juventud mexicana inteligente, madura y a punto de fructificar.

Eran los Alvarez Fuerte, los Ruy Pérez Tamayo, los Aceves, los Barroso, los Contreras... y llega Costero cuando todos ellos ya están fecundados de modernidad. Sólo les falta el dedo mágico que les transformaría en flor primaveral a unos o en fruto otoñal a otros.

Al fuego vivo de este hombre extraordinario se hizo el milagro... Y es así como a la luz de Isaac Costero florecieron unos y fructificaron otros... Es así como vimos surgir una escuela de morfología tan brillante como la que tenemos en el México actual.

Tres enzimas catalizadoras

Seríamos injustos si no mencionáramos la intervención de tres mexicanos que se dieron cuenta del fenómeno Costero y lo catalizaron. El milagro fue también obra de estos tres poderes enzimáticos. Todos de alto rango. Recordémoslos: Marínez Báez, Ignacio Chávez, Tomás Perrín.

Martínez Báez y Tomás Perrín lo habían conocido en España cuando el joven Isaac era todavía una promesa.

El doctor Ignacio Chávez, siempre intuitivo, olía a distancia lo que convenía a México y a su Instituto de Cardiología. Era, en fin, otro vocacional como Costero, de tamaño natural.

Llevar a Costero a México era algo así como transportar los espíritus de Cajal y Pío del Río Hortega a cuestas del joven Costero. Y entre todos lo llevaron bajo palio, seguros de no equivocarse.

¡Y no se equivocaron!

Trama histórica de la vida de Costero

Era preciso explicar la ruta de Isaac Costero para poder entender su participación en la historia de la medicina mexicana. A la luz de los hechos consumados, hoy podemos hacer un jui-

cio de valor. Si Isaac Costero hubiese escuchado las sirenas de una patria dolorida, digámoslo de una vez, España no habría ganado nada y México hubiera perdido mucho.

De quedarse en su patria, su cosecha intelectual, a lo más, se habría emparejado con la de los Castros o a la de los Tellos, por citar dos grandes herederos de la escuela morfológica española que permanecieron firmes al pie del cañón.

En cambio en México Costero pudo llegar a ser mentor de generaciones, autor de trabajos meritísimos que le hicieron saltar barreras de admiración universal: Premio Nacional, presidente de la Academia Nacional de Medicina, profesor de la Universidad, maestro del Politécnico... qué sé yo.

En México pudo prender en su alma el fuego de San Telmo, aquel que sólo brilla en el corazón de los iluminados por el genio divino.

Isaac Costero vivió toda su vida en el seno de una VOCACION que le desbordaba. No podía hacer otra cosa, ni podía atender otras llamadas. Vivió toda su vida ardiendo en el fuego de su vocación. ¡Y cumplió su mensaje como todo un hombre!

No en balde su testamento literario lo tituló *Crónica de una vocación.*

Labor científica

Dios nos libre de hacer recuento de su labor científica. Nos consta que su estela ha dejado rastro más allá de las fronteras.

En Europa y en América su nombre cuenta.

Y cuenta su nombre entre los Penfields, los Rössle, los Hamperl. Y esto, que ya nos bastaría para bendecir su recuerdo y pagar nuestro tributo de admiración a su obra personal, no es todo.

Queremos decir algo más. Que por encima de su "nomicoplasia", de su participación en los "glomus", en la colágena, fibroblastos, sistema argentofino, y cien cosas más, creemos que su presencia fue más importante que su ciencia... con ser ésta de 24 quilates.

Sí señor, su imagen contagiosa determinó conductas, despertó inquietudes, sembró vocaciones, fundó instituciones... en pocas palabras, hizo escuela.

Seríamos injustos con él si en la Escuela Mexicana de Patología no grabáramos, al lado de otros, el nombre de Isaac Costero Tudanca.

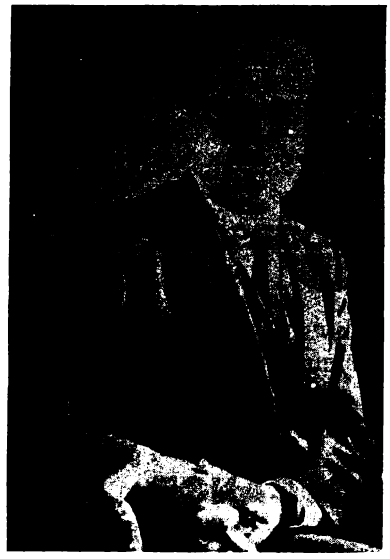
Su verdadero mensaje, que debe quedar inscrito en la historia de la medicina mexicana para que sirva de ejemplo a generaciones venideras, es:

Isaac Costero Tudanca: *Monumentum aerea perennius.*

DR. ISAAC COSTERO TUDANCA

DATOS BIOGRAFICOS

Florencio Rustrián Sosa *



Nació en Burgos, España, el 9 de diciembre de 1903.

Ingresó a la Universidad de Zaragoza en 1929 y tres años después obtuvo el título de Doctor en Medicina y Cirugía.

Durante su formación profesional fue alumno del Dr. Pío del Río Hortega y alcanzó varios premios por su dedicación al estudio.

En 1931 ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid como profesor de Histología y Anatomía Patológica; allí continuó la labor científica que emprendió en 1930 con trabajos de investigación en diferentes instituciones de Alemania y Francia sobre inmunizacion, trasplante de tumores, trabajos técnicos de explantación, microcinematografía, estructura de la placenta, técnicas de autopsias y diagnóstico anatómico, y cultivo de tejidos.

Ocupó diferentes cargos académicos y administrativos en varias instituciones de investigación, clínicas y facultades. En agosto de 1937 llegó a México e inició su labor en el Laboratorio de Investigación Anatomopatológica del Hospital General. Ese año fue nombrado profesor de Anatomía Patológica en la Escuela de Bacteriología, Parasitología y Fermentación del IPN y más tarde fue maestro fundador de la Escuela Superior de Medicina Rural de la misma institución. Desde 1939 ingresó como profesor a las escuelas Nacional de Medicina y Odontología de la UNAM y en 1944 se incorporó como investigador al Instituto Nacional de Cardiología.

Realizó 127 monografías sobre temas originales, cuatro libros y varias películas sobre cultivo de tejidos, por los que mereció cargos honoríficos y distinciones otorgadas por diferentes universidades y sociedades de México, como el Premio Nacional de Ciencias en 1972, y otros reconocimientos en Centroamérica.

Después de una larga trayectoria científica y académica, falleció en la ciudad de México el 8 de marzo de 1979.

* Escuela Superior de Medicina, IPN. México.